

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«¡Lado seas por la hermana
madre tierra, mi Señor!»*

(San Francisco de Asís)

Ser felices con menos cosas

***«Bienaventurados los pobres en el espíritu
porque de ellos es el reino de los cielos»***

(Mt 5, 3)

3

**Tercera Semana de Cuaresma
2020**

Comenzamos rezando

Las amenazas que se ciernen sobre la tierra tienen su raíz en el corazón humano. La naturaleza es capaz de regenerarse y pervivir, pero el «uso irresponsable y el abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella» (*Laudato si'*, 2) la está abocando a un deterioro que podría ser imparable, como se decía en las reflexiones anteriores. La *ideología del crecimiento ilimitado* se alimenta en la cultura materialista de los dos últimos siglos. Cuando el ser humano renuncia a creer en un Dios creador, sufre el espejismo de sentirse autorizado para manejar a su antojo la creación; se cree un “dios”, pero se queda en protagonista de la fábula del “aprendiz de brujo”, que no sabía desencantar los objetos sobre los que había pronunciado la fórmula del encantamiento. Cuando olvidamos que Dios es el Padre que ama a todos los hombres, perdemos la capacidad de compadecer a los hermanos que sufren. Como advierte el Papa, la complejidad de la crisis ecológica reclama no sólo soluciones técnicas, sino también actitudes espirituales que conduzcan a otro modo de vivir. Por eso, los cristianos debemos «reconocer mejor los compromisos ecológicos que brotan de nuestras convicciones».

Los salmos nos invitan con frecuencia a alabar a Dios creador. Hoy comenzamos la oración haciendo nuestro el salmo 148:

Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.

Ser felices con menos cosas

Alabadlo, todos sus ángeles;
alabadlo, todos sus ejércitos.
Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.
Alabadlo, espacios celestes
y aguas que cuelgan en el cielo.
Alaben el nombre del Señor,
porque él lo mandó, y existieron.
Les dio consistencia perpetua
y una ley que no pasará.
Alabad al Señor en la tierra,
cetáceos y abismos del mar,
rayos, granizo, nieve y bruma,
viento huracanado que cumple sus órdenes,
montes y todas las sierras,
árboles frutales y cedros,
fieras y animales domésticos,
reptiles y pájaros que vuelan.
Reyes y pueblos del orbe,
príncipes y jefes del mundo,
los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,
alaben el nombre del Señor,
el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra;
él acrece el vigor de su pueblo.
Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido.
Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...

La camisa del hombre feliz

El escritor y novelista ruso León Tolstói escribió el siguiente cuento:

«Cuando el zar enfermó gravemente, de nada sirvieron todos los remedios que se pusieron a su disposición para que mejorara, por lo que prometió la mitad de sus posesiones a aquel que pudiera devolverle la salud. Y así fue como un trovador le indicó que sanaría si encontraba a un hombre feliz y vestía su camisa. Los emisarios del zar recorrieron todo el país buscándolo, pero no encontraban a nadie que estuviera completamente satisfecho y feliz. Al final, uno de los emisarios pasó junto a una pequeña choza que tenía la puerta abierta y la alegre voz de un hombre, que descansaba junto al fuego de la chimenea, llamó su atención: “¡Qué feliz soy! —decía a su esposa—. Me han pagado el trabajo que he hecho, tengo buena salud y vosotros y mis amigos me queréis mucho, ¿Qué más puedo pedir?” El emisario avisó enseguida al palacio que había encontrado al hombre feliz y la zarina ordenó con premura: “Traed ahora mismo la camisa de ese hombre. Decidle que a cambio podrá pedir lo que quiera”. Pero, cuando aquel hombre llegó a palacio, los cortesanos, compungidos, anunciaron a la zarina: “Señora, ¡el hombre feliz no tiene camisa!”».

Un economista ha presentado este cuento como

un “cuento financiero” en su página web: «Vivimos –dice– en un mundo capitalista, económicamente globalizado, dominado en muchas ocasiones por el deseo casi compulsivo de tener siempre más dinero. A la vista de este cuento y su moraleja es evidente que *lo realmente importante en la vida no es el dinero*. Cada cosa tiene su valor, y en el mundo de las finanzas es muy importante para los futuros *pequeños y medianos inversores* saber equilibrar sus deseos, sus expectativas y la realidad». No deja de ser curioso que un asesor financiero haga esta reflexión, a propósito de las consideraciones espirituales que movían al autor del cuento.

Los cristianos disponemos del código de la felicidad legado por nuestro Maestro, que el cuento de Tolstói ilustra perfectamente, y que comienza con la afirmación: *¡Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!* El papa Francisco comenta así estas palabras de Jesús:

«El Evangelio nos invita a reconocer la verdad de nuestro corazón, para ver dónde colocamos la seguridad de nuestra vida. Normalmente el rico se siente seguro con sus riquezas, y cree que cuando están en riesgo, todo el sentido de su vida en la tierra se desmorona. Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Así se priva de los mayores bienes. Por

Ser felices con menos cosas

eso Jesús llama felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad» (*Gaudete et exsultate*, 67-68).

Hemos de convencernos de que en la raíz del deterioro de la tierra está la actitud espiritual de los seres humanos que la habitamos. Los cristianos disponemos de dos excelentes motivaciones para ser cuidadosos con el medio ambiente: una es esa invitación a ser espiritualmente pobres, que nos llevará a no despilfarrar los bienes de la tierra ni a desearlos más allá de lo necesario; es la actitud que llevó a san Francisco de Asís a abrazar a la hermana pobreza e hizo que el “poverello” se sintiera verdaderamente libre. La otra es la convicción de que la tierra es el mejor regalo que, junto con la vida, hemos recibido, y debemos agradecerlo. Oigamos de nuevo al papa Francisco:

«No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites» (*Laudato si'*, 75).

Decir “creación” es más que decir “naturaleza”

El papa Francisco nos ha hecho caer en la cuenta de un interesante matiz en nuestro lenguaje habitual. Frecuentemente hablamos de la *naturaleza* y

hemos ido arrinconando la palabra *creación* para referirnos a la tierra y lo que ella contiene. Aunque estemos hablando de la misma realidad, inconscientemente la vemos de diferente manera, según utilizemos una u otra palabra. Así lo entiende el Papa:

«Decir “creación” es más que decir “naturaleza”, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal» (*Laudato si'*, 76).

La Doctrina Social de la Iglesia contiene un fuerte potencial transformador que, en el caso de los recursos de la tierra, lleva a ponerlos siempre al servicio de las necesidades de los pobres y no de los poderosos. No siempre las comunidades cristianas hemos sido sensibles a la radicalidad de estos planteamientos. Por su parte, tampoco los movimientos sociales han sido siempre capaces de valorar ese potencial transformador del cristianismo y de las demás tradiciones religiosas; un potencial capaz de tocar no solo el corazón de las estructuras, sino también el corazón de las personas. Hora es ya de mirar en la misma dirección y sumar esfuerzos y motivaciones para lograr sanar esas llagas de la tierra sobre las que este año ponemos el dedo. ¿Qué apo-

yos proporciona la visión cristiana del mundo para una vida ecológicamente sana?

Ya hemos visto que el modelo de felicidad que ofrece el cristianismo está muy alejado del modelo de felicidad materialista y del modelo individualista de convivencia. Insiste el Papa:

«Sería equivocado pensar que los demás seres vivos deban ser considerados como meros objetos sometidos a la arbitraria dominación humana. Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad. La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo» (*Laudato si'*, 82).

Este modelo de felicidad está íntimamente ligado con un sentimiento de “comunidad universal” con los seres humanos, con los demás seres vivos y con todas las criaturas, porque al haber sido creados por el mismo Padre, «todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal». Lo cual nos lleva a sufrir por la desertificación del suelo, que «es como una enfermedad para cada uno»; nos pide excluir cualquier modo de indiferencia o crueldad ante las demás criaturas, que «terminan trasladándose de algún modo al trato que damos a otros seres huma-

nos»; y, sobre todo, nos invita a generar en el corazón «ternura, compasión y preocupación por los seres humanos, pues es evidente la incoherencia de quien lucha contra el tráfico de animales en riesgo de extinción, pero permanece completamente indiferente ante la trata de personas, se desentiende de los pobres o se empeña en destruir a otro ser humano que le desagrada» (*Laudato si'*, 89-92).

Mirar la tierra como creación de Dios regalada a la humanidad nos proporciona una libertad interior que permite ser felices con menos cosas de las que cada día nos propone la publicidad, y valorar el gozo de amar y ser amados y de acoger con corazón abierto el regalo de la vida, de la creación y de la esperanza que nos asegura la fe.

Para la reflexión personal o en grupo

- ❖ ¿He descubierto que la fe me impulsa a desarrollar una verdadera actitud ecológica?
¿Estoy dispuesto/a a secundar este impulso?
- ❖ ¿Veo en las bienaventuranzas un código de felicidad que me ayuda a ser dichoso con menos cosas?
- ❖ ¿La fe me lleva a actuar con ternura, compasión y preocupación hacia las personas y hacia todas las criaturas?

(Escuchemos una versión musical de “Laudato si’, o mi Signore” y rezamos la siguiente oración de San Anselmo)

Ser felices con menos cosas

Dios mío, Tú eres todo ternura para mí.
Te lo pido por tu Hijo bien amado:
concédeme dejarme llenar de tu misericordia
y amar todo lo que Tú me inspiras.

Concédeme compartir
con los que están en la aflicción
y socorrer a los que están en necesidad.

Concédeme aliviar a los desgraciados,
ofrecer asilo a los que carecen de él,
consolar a los afligidos,
animar a los oprimidos.

Concédeme devolver la alegría a los pobres,
ser el apoyo de los que lloran,
perdonar su deuda a aquel
que conmigo la haya contraído.

Concédeme perdonar a quien me haya ofendido,
amar a los que me odien,
devolver siempre bien por mal,
no sentir desprecio por nadie
y honrar a todos los hombres.

Concédeme imitar a los buenos,
renunciar a la frecuentación de los malos,
practicar las virtudes
y evitar los vicios.

Concédeme, Señor, paciencia cuando todo va mal
y moderación cuando todo va bien.
Concédeme saber dominar mi lengua
y poner, si hace falta, un guardián en mi boca.

En fin, Dios mío,

concédeme despreciar las cosas que pasan
y la sed de los bienes eternos.

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la tercera semana

Del 15 al 21 de marzo

Lecturas bíblicas para esta semana

El mensaje de esta tercera semana de Cuaresma se resume en esta frase: “*Ser felices con menos cosas*”. La felicidad no está en lo material, ni en tener dominio y poder. La “*cultura del consumo*” no es un billete hacia la felicidad.

Leyendo los Evangelios se descubre la fuente de donde brota la felicidad. Podemos ir leyendo, poco a poco, los capítulos 5 y 7 del evangelio según san Mateo y aplicar a nuestra vida lo que allí se dice. Una convicción se desprende de esta lectura: el anuncio de que “*se puede vivir de otra manera*”. Las “bienaventuranzas” constituyen el resumen más expresivo de las enseñanzas de Jesús.

El papa Francisco, en su viaje apostólico a la República de Mauricio, dijo: “*¿Cómo llegar a ser un buen cristiano? La respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que pide Jesús en las Bienaventuranzas*”.

Durante esta tercera semana de Cuaresma, leamos los capítulos 5 y 7 del evangelio de san Mateo.

Palabras para orar

Anawin

Anawin es una palabra aramea que significa: hombre pobre, cuya única riqueza, cuya única alegría, es tener a Dios. Los *anawin* creen radicalmente en Dios, de tal manera que teniéndolo en su ser, les basta para sobrevivir. Oremos, pues, con el corazón desprendido de los *anawin*:

Para mí, eso es ser pobre de espíritu:
no tener nada, no querer nada, sólo Dios basta.

Quisiera no tener palabras, ni miradas,
quisiera no tener ni pensamientos.
Quisiera estar vacío, vacío por completo,
tener las manos limpias.

Quisiera no ser nada
para que Tú pudieras serlo todo.

Quisiera, así, venir cada mañana hasta tu lado,
sentarme junto a ti y no decirte nada.
Ser solo compañía de tu amor.

Quisiera mirar
hasta lo más profundo de tu amor y amarte.
Solo eso.

Quisiera ser tan solo una frágil vasija
vacía hasta de aire.

Ser pura receptividad que tiende a ti.

Quisiera, mi Señor, ser consumido
en una leve llama de amor y darte ese calor.

Quisiera no ser más que aquello que Tú quieras.